



■ Julio ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013, 966 páginas, por Francisco Sánchez Pérez (Universidad Carlos III de Madrid).

Es difícil aproximarse a una obra escrita que es además un legado historiográfico. Pues esto y no otra cosa es esta ciclópea obra de Julio Aróstegui, a la que faltó poco para ser realmente póstuma y que de hecho el autor llegó a ver publicada pero sin ya poder hacer la presentación. En ella y en cómo está concebida yace toda una concepción de la historia, amasada durante décadas de trabajos, reflexiones y debates, y por supuesto también un enfoque muy personal de lo que debe ser una biografía, o al menos una biografía abordada por un historiador. Con esto no quiero decir que Julio Aróstegui haya querido deliberadamente que esta obra sea paradigmática de nada pero bien podría serlo.

En primer lugar no es una obra de encargo, escrita a toda prisa, destinada a responder a la tentación de un talonario, la gloria de un centenario u otra efemérides oportunista, ni un trabajo bonito (como diría él mismo) de pocas páginas y lectura en diagonal, destinado básicamente a vender muchos ejemplares en la Feria del Libro. Los que creen que las biografías o incluso los libros deben ser así o que no son capaces de sobrevivir a una lectura larga y atenta ya aviso de que este libro les decepcionará profundamente. Esto no solo es una obra colosal, sino que se trata de una versión reducida, aunque pueda parecer chocante semejante afirmación de un libro de 800 páginas de texto, casi 150 de notas, fuentes y bibliografía y un índice alfabético final. Pero lo es y es una reducción de un texto manuscrito que llamaré *princeps*, que por motivos logísticos hubo de reducirse considerablemente, y que fue tarea de muchos años consagrados a esta que podríamos llamar obsesión personal. Texto *princeps* al que habría que conseguir que los investigadores pudiéramos tener al menos acceso, sea publicable en la práctica o no. Sobre esto me limitaré a decir que la biografía de Cambó realizada por Jesús Pabón abarcaba tres volúmenes en su edición original y en la reedición de 1999 pasaba de las 1500 páginas. Aún así es de agradecer a Debate que se comprometiera a publicar semejante volumen en los tiempos que corren.

Las dimensiones de la obra están justificadas en cualquier caso por el despliegue bibliográfico y de fuentes primarias utilizadas, con las *Obras Completas* de Largo Caballero en 16 volúmenes, impulsadas por la Fundación que lleva su nombre (entre 2003 y 2009), a la cabeza. Pero también lo están por el pormenor de relojero y artesano consumado con que se emplea Julio Aróstegui en el desentrañamiento de casi todos los pasajes de la vida del biografiado (con la peculiar deficiencia de su casi blindada vida íntima, como el mismo autor señala). Y por la sistemática metodología que emplea Julio Aróstegui en esa tarea, en particular en los momentos clave y más polémicos de la vida del biografiado, que abundan como es sabido, en donde emplea una sistemática crítica de todas las fuentes disponibles, contrastando las versiones memorialísticas e historiográficas (que, con raras excepciones, casi siempre se hacen eco de las anteriores) con las fuentes de archivo disponibles como la correspondencia, las opiniones escritas del propio Caballero (en particular sus testimonios y recuerdos, que demuele o matiza Aróstegui con una crítica poco piadosa cuando lo ve necesario), los discursos y entrevistas dirigidos al público y aparecidos en la prensa (que no son ni mucho menos lo hegemónico de este trabajo, a diferencia de tantos libros sobre la República en particular), pero sobre todo con las actas internas de las organizaciones. Dado el extenuante despliegue de estas últimas

(solo las actas de la famosa sesión de la dimisión de Caballero del 16 de diciembre de 1935 ocupan casi cien páginas mecanografiadas) su mera exégesis le lleva necesariamente mucho espacio. Este fascinante debate socrático entre fuentes entre las que el autor dirime y arbitra para llegar a una conclusión, generalmente muy alejada de los tópicos de brocha gorda y las interpretaciones simples, es el armazón en donde destaca toda esta memorable obra y es lo que la hace especialmente hipnótica en su lectura y recomendable como escuela y faro para historiadores respetuosos con su propio trabajo. En mi opinión un tremendo baño de autoestima profesional frente a los que pueden pasar por “historiadores” en distintos medios.

En segundo lugar tampoco esta obra recalca precisamente en el personaje más aclamado de la España del siglo pasado por los historiadores, ni es la figura que más unanimidades intelectuales y simpatías políticas suscita actualmente, ni siquiera en el seno del PSOE, el partido en el que militó desde muy joven. Quizá si habláramos de la UGT la cosa cambiase, pero esto ya dice bastante sobre el altísimo grado de polémica cuando no de animadversión abierta que suscita y ha suscitado siempre la figura y personalidad de Don Francisco Largo Caballero. En mi opinión uno de los principales y más acabados chivos expiatorios de las supuestas culpas históricas de la Segunda República y sus políticas, cuando no de las del movimiento obrero, el socialismo o simplemente las izquierdas (según qué autores) en la España de la primera mitad del siglo XX. Como queda claro en el libro, Largo Caballero no fue el más afinado y clarividente analista político que haya existido ni el estratega (también en lo militar) más brillante de la época, ni tampoco era un dechado de simpatía, encanto personal y mano izquierda en su trato personal y profesional, pues las pinceladas de rigidez, cierto mesianismo y de hombre de relación difícil con las que siempre se le ha caracterizado parecen más que justificadas. Pero a la luz de este libro no puede sostenerse seriamente que fuera un inconsciente agitador del huevo de la serpiente ni un dogmático (hoy se diría sectario), ni un contradictorio o incoherente cambiando continuamente de opinión (que es lo contrario de lo anterior pero se ha sostenido casi al mismo tiempo), ni fue una voz poco representativa del socialismo español, sino más bien lo contrario, ni en este sentido tampoco fue nunca criptocomunista ni criptobolchevique, y por supuesto ni el Lenin ni el Stalin español. Aunque lo de Lenin parece que, según el autor, fue una ocurrencia de sus auditorios sureños (extremeño-andaluces para ser exactos), esto no invalida que quiénes lo usaron más y mejor fueron los medios y periódicos de la derecha conservadora y ultraconservadora hasta el día de hoy, y no hay más que leer la prensa de ese signo en la primavera misma de 1936 para ver cuántas veces se usa dicha expresión.

Elegir como objeto historiográfico a tan espinoso personaje dice mucho más sobre la personalidad del historiador que lo ha abordado que cualquier otra cosa. Ya Julio Aróstegui había escrito hacía más de veinte años un amplio proemio a esta obra (aunque con la paradoja de empezar por el final de la vida de Largo) con el título de *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero* (Madrid, Fundación Largo Caballero, 1990) y realizado trabajos en particular sobre su actitud ante el comunismo en la Guerra Civil y su política laboral durante la República. Fuera cual fuera el motivo de esta elección vital, probablemente vinculada a su idea del compromiso con la historia de los de abajo (que, guste o no, es de donde venía nuestro personaje), se pueden descartar los deseos de avivar polémicas, que él rechaza expresamente, o de hacer una hagiografía o un panegírico. Pero tampoco ha realizado una demonización o un catálogo de argumentos de “porque-no-me-gusta-Caballero”, que es lo más habitual en estos casos. Como él no lo ha hecho yo tampoco lo voy a hacer, pero sí diré que su primer deseo no se cumple del todo. Bien es cierto que no polemiza abiertamente con algunas tesis disparatadas sobre el personaje, demostrando el saber estar y el saber escribir, arte aquilatado por años de oficio, evitando los arrecifes. Pero realiza un brillante juego especular (de espejos, no de fincas), que por reflejo destruye ciertas tesis y asertos a veces sin mencionarlas siquiera, y si se mencionan como referencias o guías de buenas prácticas los trabajos de Juan Francisco Fuentes (la biografía más seria sobre el personaje antes de ésta, pese a su desafortunado aunque inevitable título de *Largo Caballero, el Lenin español*, publicada en Síntesis en 2005) y las tesis de Marta Bizcarrondo, no se citan otras interpretaciones alternativas, y baste reseñar

su propia afirmación de que “no participa de la mayor parte de los asertos conocidos” (p. 29) para hacerse una idea de la demolición de tópicos que supone el libro. En realidad lo que busca no es llevarse el agua a ningún molino, ni resaltar lo “buenos” (o “malos”, aunque entre la historiografía, huelga decirlo, abunda mucho más lo primero) con respecto a él que eran los líderes alternativos del socialismo (sobre todo Besteiro y Prieto, pero también Negrín), sino de hacer comprensible el personaje en su propia época y en un estadio muy concreto de la evolución del movimiento obrero y de la socialdemocracia europea o si se prefiere española (antes de Bad Godesberg pero sobre todo después de las Veintiuna Condiciones, del *crash* y sobre todo de Hitler y de Dollfuss). “Comprender” o hacer “inteligibles” las motivaciones y propósitos en sus propios términos de época no quiere decir “justificar” o “defender”, pero lamentablemente aún hay historiadores que no ven o no quieren entender la diferencia. Por lo que se puede afirmar que se trata del libro menos maniqueo y menos presentista que se pueda uno imaginar. No se percibe el aroma de Suresnes ni de 1982 por ningún lado, para que se me entienda mejor, aunque puede ser que mi olfato no dé para más. Así que los que quieran usar el libro para las batallas políticas del presente (en un sentido o en otro) también se sentirán decepcionados.

No puede decirse que hubiese un vacío historiográfico en torno a la figura de Largo Caballero, pero es indudable que carecíamos de una biografía suya de este peso y alcances. Se trata de una trayectoria con luces y sombras, sobre la que cada cual puede construirse su propia fantasía, pero lo cierto es que Julio Aróstegui no se arroga el papel de censor de conductas, rellenando páginas con juicios de valor (justificados o no) sobre lo que debía haber hecho o no Largo Caballero, o lo que es peor, sermoneando sobre lo que es bueno, malo o regular en política (y en particular en la política de esos años). Y esto no deja de ser otra manera de entender la historia distinta de aquellos tahúres que nos predicán con engolamiento cuál es la mejor jugada cuando ya saben que cartas tienen todos. Pese a todo es evidente que no puede dejar de hacerse un balance y es obvio que Julio Aróstegui deja traslucir que la etapa de la guerra civil no fue pródiga en aciertos precisamente, tanto durante su presidencia del gobierno republicano desde septiembre de 1936 a mayo de 1937, como sobre todo tras su forzada dimisión (y que Caballero no vio solo como una expulsión al estilo de la de septiembre de 1933, sino como una auténtica traición de sus propios compañeros, rencor que nunca le abandonó del todo ya y que solo se mitigó algo tras la derrota nazi). Su extraordinaria “intuición”, en muchas ocasiones perfectamente clarividente, que tanto destaca como su gran virtud Julio Aróstegui, destacó mucho más en los años previos de la monarquía: es decir, cuándo había que empujar, 1917, y cuándo había que callar, 1923. También en los años de la República: cuándo había que ser republicano, 1930, y cuándo ser proletario, 1934, pero siempre *socialista y revolucionario*, al menos para los parámetros de la época y desde luego para los suyos propios. Y luego en el exilio, cuando ya intuía genialmente el tema de la reconciliación y el perdón (primero con los correligionarios, la caridad bien entendida empieza por uno mismo) pero sobre todo cómo terminaría la película del franquismo (con la tercera restauración borbónica en doscientos años), idea suya que queda totalmente documentada por Aróstegui a la altura de su muerte en 1946 y que difícilmente pudo haber tomado de otros.

Por último, terminaremos hablando sobre la singular concepción del género biográfico que supone esta obra, concepción mucho más acabada por ejemplo que en su *Don Juan de Borbón* (Madrid, Arlanza, 2002). Para situarnos, hay que destacar que para muchos Julio Aróstegui no parecía el candidato perfecto para resaltar en un trabajo el perfil de una individualidad singular de este calibre, pues se le ha considerado tópicamente un autor más interesado por lo sociológico y estructural y que ha apostado siempre por una concepción de la historia como ciencia social *fuerte* y no como un simple relato literario más o menos razonado. Por lo que parecía que esto de las biografías se quedaba para historiadores más modernos, más renovadores o más frívolos, que de todo hay. Pero Julio Aróstegui consigue en esta obra subvertir la concepción de la historia como fruto de personalidades influyentes y singulares, recurriendo a contarnos la trayectoria de una que se consideraba en realidad simple portavoz de los anónimos y una pieza más de un engranaje mucho

más importante que ella misma. Porque Julio Aróstegui nos muestra a un Largo Caballero como “el hombre más representativo de su clase”, la clase obrera, con la que se identificaba plenamente y con la que jugaba el papel de la punta del iceberg, afilando y llevando a la alta política las difusas concepciones e inquietudes de los de abajo. Por ello consideraba que la tarea de un responsable de organizaciones obreras era básicamente captar con su longitud de onda, extremadamente sintonizada por la experiencia de los años, lo que quería y sentía la militancia. En eso y no en otra cosa consistía su carisma y su “presencia”, que todos respetaban y que era muy fácil de palpar, esa particular mentalidad mesiánica de ser el mascarón de proa de una nave que en pureza no dirigía, ese “tesón” del título y su concepción de sus cargos al frente del sindicato, el partido o el gobierno, en los que ejercía de compromisario de la organización y de los trabajadores que en ella militaban. Esto es así hasta el punto de que la biografía que nos presenta Julio Aróstegui hasta por lo menos su llegada al gobierno en abril de 1931 es más bien una prosopografía. Para bien o para mal, Caballero no actuaba al ritmo de su libre albedrío, sus impulsos ni sus ocurrencias e iniciativas personales, de ahí sus interminables y acerbos críticas a los que se saltaban la organización y que él veía se representaban básicamente a sí mismos y los agotadores debates internos con la pretensión de llegar a acuerdos realmente *representativos* de la organización y no de unos pocos. El contraste con muchos líderes de partidos políticos actuales no puede ser mayor. Si le añadimos su “utopía”, su convencimiento en la justicia de una sociedad socialista futura y su honestidad y austeridad a toda prueba, estos detalles aparentemente nimios de su personalidad brillan con luz propia en estos años tan viscosos en los que nos movemos.

Por ello Julio Aróstegui le considera la encarnación más acabada del espíritu de Pablo Iglesias (es decir, del *pablismo*), muy por encima de Besteiro, su compañero inseparable hasta 1928-1929 en la dirección de partido y sindicato. Hasta que a partir esas fechas Besteiro mantuvo unas posiciones tácticas sobre el papel de los socialistas ante la república virtualmente insostenibles, en las que se mantuvo inalterable, para bien o para mal, como buen intelectual, y que le relegaron a liderar una minoría poco representativa (Aróstegui como ya hiciesen el resto de los socialistas en su época pone en duda que realmente los *besteiristas* representasen a la UGT en 1932, aunque controlasen momentáneamente su dirección, como se demostró tan solo dos años después). Si algo destaca Aróstegui en este libro es que las posiciones de Don Francisco a lo largo del tiempo, disparatadas o geniales, parecen ser casi siempre las de la mayoría del partido y el sindicato, o al menos de la militancia, es decir de la masa obrera más o menos socialista, por lo menos hasta su llegada a la presidencia del gobierno en 1936. Luego parece que perdió ese respaldo o esa sintonía y de ahí su amargura y su relativo aislamiento de los años finales de la guerra, de la derrota y el exilio.

Nada que ver desde luego con Prieto, que no jugaba en la misma liga y que aparece en este libro como un *verso suelto*, que iba por libre, pero cuyas posiciones más liberales (o si se prefiere menos *obreristas* o *sindicalistas*) parecieron reforzarse con el transcurso de la República, lo que no le impidió pergeñar el programa *del gobierno revolucionario* de 1934 y luego apostar por los comunistas mucho más abiertamente y más lejos que Largo durante la guerra. Pero aunque los *centristas* del Partido, fuesen mayoría o no en él en los años treinta (que lo fuesen es bastante discutible a la luz de las evidencias, por lo menos antes de 1937), le usaban de ariete contra Largo cuando les parecía menester (como en septiembre de 1934 y en diciembre de 1935, consiguiendo que dimitiera *en ambas situaciones*, y no sólo en la segunda), Julio Aróstegui da numerosos indicios de que sus posiciones y en particular su figura nunca tuvieron un apoyo masivo en el PSOE. Decir que tuvo la culpa el *caballerismo* de que no fuera nunca presidente (ni antes ni después de 1936) es olvidar esta circunstancia. Bastan dos o tres datos, significativos por las fechas (con el *caballerismo* más o menos desplazado del poder), y que extraigo del mismo libro: los resultados del referéndum para presidente entre las agrupaciones mostrados en enero de 1936, independientemente de las cifras, dejaron a Prieto en último lugar, no sólo muy por detrás de Largo, sino por detrás de Jiménez de Asúa y de Remigio Cabello (p. 418); en la votación para la dirección del grupo parlamentario entrante de marzo de 1936 tampoco es muy relevante que ganara Caballero, pero sí lo es para nuestra argumentación

que Jiménez de Asúa fuese el segundo más votado y que Prieto solo recibiese un voto (p. 433). Este último resultado dice todo sobre las posibilidades que tenía de ser presidente del Gobierno en la crisis de mayo de 1936. Finalmente, cuando se eligieron las vacantes de la Ejecutiva socialista en junio de 1936 salieron de presidente González Peña y de secretario general Ramón Lamóneda (pero no Prieto). Con esta perspectiva a la vista parece que sería más adecuado hablar de *centristas*, pero en absoluto de *prietistas*, mientras que el término de *caballeristas* se ajusta más a las evidencias que el de *izquierdistas*. Lo de *bolchevizados*, etiqueta que valdría para las Juventudes y quizá después para las JSU, pero difícilmente para los *senior*, y por muchas menciones que hiciese Largo Caballero a la dictadura del proletariado en sus discursos, simplemente no puede sostenerse por más tiempo a la luz de esta obra..

De hecho y en la práctica la mayoría de las disensiones entre Caballero y Prieto desde 1935 fueron sobre todo tácticas (sobre los límites de la autonomía del grupo parlamentario y cómo sustanciarla, sobre los límites de la alianza con los republicanos y la participación gubernamental, sobre los límites de los acercamientos con otras organizaciones obreras, en particular la CNT, sobre los límites de apoyarse en el PCE y hasta qué punto, etc.) y no se basaron en una concepción más revolucionaria, más marxista o más bolchevique del primero en ningún caso. Este libro lo demuestra, culminándolo con esas escenas tras la guerra cuando no tuvieron ningún empacho en acercar sus planteamientos tácticos, entonces extremadamente próximos, aunque el resquemor por la *traición* de mayo de 1937 nunca abandonara a Caballero. A la altura de 1946 estar por un plebiscito y quizá rumiando la vuelta de la monarquía como mal menor no era el criterio mayoritario entre los socialistas (ni entre los *negrinistas*, ni entre los del interior, ni entre los de Toulouse y ni siquiera entre los de México), lo que no sorprende en el caso de Prieto (*deja vu*) pero sí en el de Don Francisco.

Por ello el relato exhaustivo de las etapas de la vida de Largo Caballero que nos muestra Julio Aróstegui se basa en la idea nuclear de que él siempre intentó ser representativo de las opiniones de los trabajadores asociados (es decir, los *conscientes* según esta visión) o cuando menos de la militancia encarnada en la organización obrera y en particular en la UGT, que tenía muchos más afiliados y un contacto con los tajos mucho más íntimo que el Partido. Y al hilo de lo que creía deseaba esta militancia (de lo que *sentía*) protagonizó los tres más famosos (y según Aróstegui supuestos) *giros* de su vida pública: la convivencia o tolerancia mutua, que no la colaboración, como deja claro aquí el autor, con la Dictadura de Primo de Rivera (idea por cierto que van reforzando los estudios locales que señalan los estrechos límites de la implicación de la UGT en la Organización Corporativa); la colaboración, está sí real, para traer la República (con el fiasco de diciembre de 1930 en Madrid, que nunca les perdonó a los *besteiristas*); y su famosa *radicalización*, que en realidad fue de todo el socialismo y descansaba, siendo realistas y por lo que aquí se ve, más en la decepción de la militancia por los tropezones de la cacareada *revolución republicana*, que tenía todas las trazas de acabar como el rosario de la aurora (es decir, para que se me entienda, en un Hitler o un Dollfuss), que en querer una revolución realmente socialista. Pues aparentemente lo de Asturias pilló a Largo Caballero con el pie tan cambiado como a tantos otros, ya que su plan de acción no pasaba de una huelga general insurreccional “defensiva”, es decir, que debería esperar a alguna provocación de la derecha para estallar. A este tema clave (1933-1936) dedica Aróstegui el capítulo clave y más extenso del libro, el 7, de más de 170 páginas.

En esta implicación activa en política del sindicato que capitaneó descansa una de sus originales estrategias, la del *sindicalismo político*, tal y como se sugiere en esta obra, que concebía la UGT como un organización sindical socialista pero a la vez autónoma respecto al Partido, es decir respecto a la política. Tendencia que reforzaron las especiales circunstancias creadas a partir de diciembre de 1935 pero que se demostró insostenible durante la guerra y en particular a partir de la llegada del gobierno Negrín en 1937. Artefacto o concepción que en mi opinión se apartaba totalmente de la ortodoxia marxista del momento y desde luego de la horma *a la alemana* (es decir con el *copyright* del SPD) sobre la que se fundó originalmente el movimiento socialista español en el

siglo XIX: el partido manda y el sindicato obedece. Quizá debido al poco vuelo escrito que a esta idea dio Largo, más bien alérgico a la disertación teórica, se echan de menos algunas reflexiones sobre el particular del autor, sobre todo cuándo discute en qué medida y hasta dónde era marxista el dirigente obrero. Como puede verse por más que llueva algunos siempre nos quedamos con sed.

Sería imposible en este necesariamente limitado espacio enumerar la gran cantidad de asertos y tópicos sobre las organizaciones socialistas que Julio Aróstegui va desmontando en su pormenorizado relato y en particular la demolición de tantas versiones poco respetuosas y sí muy simplistas, por no decir partidistas, sobre los debates internos que en ellas se dieron. Basta con comparar con atención lo que va contando y cómo lo hace con lo que dicen al respecto muchas de las historias del PSOE y la UGT que circulan en el mercado, por no ampliar más el foco. En cualquier caso este efecto se diluye un poco por una tendencia muy acentuada, y ya comentada, de rehuir las abiertas polémicas con otros historiadores y no hacer fuertes juicios de valor, aunque a veces no le queda más remedio. Por ejemplo cuando disiente respetuosamente de la conclusión de Helen Graham, en su historia del PSOE en la guerra civil, de “adjudicar todos los errores y culpas al ala caballerista, pretendiendo que el socialismo centrista o prietismo actuó con mucha más clarividencia [durante la guerra]” (nota 202, p. 883), observación que a mi entender se puede ampliar a otras épocas y para otros autores. Aunque opiniones tan francas son raras. Por ello y como al ser una biografía no hay unas conclusiones propiamente hablando sino un epílogo de valoración del personaje y además el libro es muy extenso y toca muchísimos temas controvertidos y etapas de la historia de España desde Alfonso XIII hasta el exilio, habría sido recomendable, en mi modesta opinión, una recapitulación cerrando al menos el final de cada capítulo. En él se podía insistir en los tópicos y lugares comunes desmentidos o descartados en las páginas anteriores. Esto habría facilitado mucho la labor de los que leen en diagonal o los que tienen problemas para extraer sus propias conclusiones, pero también habría ayudado a resaltar en letras mayúsculas cuáles son las numerosas y originales aportaciones de este libro, lo que habría redundado en su beneficio y proyección. Pues a veces plantando tantos árboles la gente se pierde en el bosque. Y este bosque merece mucho la pena disfrutarlo. Porque en definitiva Julio Aróstegui nos deja como legado indeleble una obra capital para entender mejor la primera mitad del siglo XX y muy en particular la riqueza de las dinámicas y debates internos del movimiento obrero socialista español y europeo, inmerso en el laberinto de entreguerras.